

El maestro

Ennio Morricone, cuando la fe se hace música

CULTURA

07-07-2020



Tommaso
Scandroglio



En una nota familiar leemos que Ennio Morricone ha fallecido “al amanecer del 6 de julio en Roma con el consuelo de la fe”. Ésta es quizás la noticia más relevante dentro de la noticia de la muerte del compositor romano: Morricone ha dejado esta tierra con el consuelo de la fe, una expresión que - esperamos - signifique “con el consuelo de los sacramentos”.

Y para hablar del autor de la música de “Por un puñado de dólares” y “Érase una vez en América” comenzamos por su relación con Dios, porque todo lo demás es secundario, incluso para hombres de gran talento como él. En una entrevista con la revista italiana “Famiglia Cristiana” en 2015, Morricone habló de la educación católica que había recibido: “Vengo de una familia cristiana. Mi fe nació en la familia. Mis abuelos eran muy religiosos. Con mi madre y mis hermanas siempre rezábamos antes de ir a la cama. Recuerdo la época de la guerra. Durante esos terribles años rezamos el rosario. Todos estábamos muy impresionados. Recuerdo estar somnoliento respondiendo a los *Ave María* de mi madre. Siempre fuimos religiosos. Los domingos íbamos a misa y recibíamos el sacramento de la Comunión”. Una fe que, aunque con algún reflejo de cristianismo social, estaba viva incluso a una edad madura: “Rezo una hora al día, y a veces más. Es lo primero que hago. Incluso durante el día a veces. Por la mañana me paro frente a ese Cristo [y señala una imagen de Jesús presente en la sala]. Y también por la noche. Espero que mis oraciones sean escuchadas”.

Luego una pregunta sobre la relación entre la música y Dios: “La música está cerca de Dios con toda seguridad”, responde el maestro, “la música es el único arte verdadero que realmente nos acerca al Padre eterno y a la eternidad”. Si los ojos son el espejo del alma, también para Morricone su música era un espejo del alma y revelaba mucho sobre él: “Luciano Salce, un director para cuyas películas he compuesto la banda sonora, me llamó un día y me dijo: ‘Tengo que dejarte’. ‘¿Por qué?’. Éramos amigos y seguimos siéndolo hasta su muerte. ‘Porque yo hago películas cómicas y tú haces música espiritual y sagrada. Tengo que dejarte’. Este episodio me ha marcado mucho. Gracias a él, empecé a pensar en ello. A veces probablemente expreso la sacralidad incluso cuando no la busco o no pienso en ella”. Si por un lado, parte de su música expresa implícitamente una tensión hacia lo trascendente, otras composiciones suyas se incluyen deliberadamente en el repertorio sagrado. Pensemos por ejemplo en *Amen, Missa Papae Francisci, Un Via Crucis*.

Cuando se menciona a Morricone se piensa inmediatamente en “bandas sonoras de películas”, pero en realidad el compositor romano ha abarcado muchos géneros y ha sido compositor de canciones famosas como, entre otras, *Sapore di sale, Il mondo, Se telefonando*

. Entre estos géneros, el que cultivó con más pasión fue la música contemporánea, a la que llamó "música absoluta", quizás porque, en sus intenciones, tenía valor en sí misma, sin necesidad de una película para ser escuchada. Si para el compositor que ganó dos veces el premio Oscar la música contemporánea que escribía era su joya más preciada, ésta fue básicamente ignorada por los críticos, desde sus compañeros compositores contemporáneos hasta el público. Este último quedó comprensiblemente extasiado por la canción de "El oboe de Gabriel", una famosa pieza que se escucha varias veces en la película "La misión" y cuya melodía demuestra, junto con muchas otras bandas sonoras, cómo Morricone fue uno de los más dignos herederos del "bel canto" italiano. Ciertamente el público en general no se atreve a escuchar sus conciertos para instrumentos solistas y orquesta o piezas como *Frammenti di Erossu* o la música de los ballets *Requiem per un destino*, composiciones cuya existencia probablemente incluso ignora (en Youtube el número de oyentes alcanza sólo unos pocos cientos frente al millón trescientos mil de "El oboe de Gabriel").

Ahora bien, si una persona cualquiera desaira a Morricone en cuanto autor de música contemporánea, alegando que ésta no es tan "apetecible" como sus bandas sonoras, el ambiente que gravita en su lugar hacia la llamada música contemporánea siempre lo ha mirado con desconfianza por la razón contraria: una música sólo aparentemente culta, pero en realidad demasiado utilizable, demasiado melódica, demasiado "potable" (si eres comprensible no eres culto), sin esas disonancias, tropiezos, dolores y chirridos que parecen ser una garantía para los que quieren escribir música seria hoy en día. Y de hecho, nuestro artista había estudiado en la escuela de Goffredo Petrassi y básicamente la estructura de sus obras - más allá de alguna experimentación - era tonal, por lo tanto "agradable". Una verdadera blasfemia, especialmente pensando en los años en que Morricone se formó y comenzó a escribir, años en los que la dodecafonía, el estructuralismo y el minimalismo se dispararon. Además, los círculos académicos nunca le perdonaron que se vendiera y se "hiciera vulgar" con la música pop que compuso para algunas películas. Una persona no bienvenida, un paria, en esencia, en los círculos que importan.

Por su parte, Morricone nunca ocultó el hecho de que empezó a escribir música para películas para ganarse el pan (Petrassi detestaba esta elección porque era "impura") y así poder escribir música culta. Pero su fama vino de la producción popular y nunca se abrió paso como compositor contemporáneo. Una paradoja: un hombre que fue elogiado en todo el mundo por el público y casi todos los directores, que ganó decenas y decenas de premios y que marcó para siempre la historia de la producción musical para la gran pantalla, no recibió casi ningún reconocimiento por las obras que él

consideraba más valiosas.

Uno se pregunta entonces si murió con este pesar, con el pesar de haber pasado a la historia por “El Bueno, el Feo y el Malo” y no por “4 Anamorfosi Latine”. Tal vez no, a juzgar por su carácter humilde que lo llevó a pedir un funeral en privado, porque - así lo dejó escrito en su testamento - “No quiero molestar”.